

LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

*Colección
perlas de sabiduría*

La vida después de la muerte

Jorge Ángel Livraga



Este tema ha generado un nuevo movimiento de investigación, tanto en Europa como en los EE.UU., y no solamente ha planteado preguntas nuevas, sino que además ha vuelto a la actualidad otras muy viejas. Hay algunas que subyacen más allá de toda posición filosófica, religiosa o metafísica: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿adónde voy? Cada uno de nosotros, de alguna manera, aparte de nuestras creencias, de lo que sepamos o de lo que creamos saber, nos enfrentamos a una forma de lucha interna, de encuentro entre entidades antagónicas. Por un lado, nos sentimos espirituales, nos parece que somos algo que está completamente fuera de este mundo, como de visita, que solamente tendríamos que vivir para la música, para la poesía o, como decían las viejas óperas italianas: *Vissi d'arte, vissi d'amore*.

Hay en nosotros, sin embargo, una parte biológica, animal, terrestre, que nos impulsa a vivir en el aquí, en el ahora, a saciar nuestros apetitos de la manera más rápida posible y a sentir una perpetua angustia ante el panorama de una muerte más o menos cercana.

Es evidente que esas tendencias dependen de la cultura, del estudio, de lo que hayamos meditado sobre el tema, de que estemos más o menos liberados de antagonismos; pero, por lo general, a todos nos afecta la presencia de la muerte en los seres queridos o la posibilidad de la propia.

Aunque en teoría hayamos superado ese temor a la muerte, es obvio que este –lo que llaman algunos filósofos europeos– «estado agónico perpetuo del hombre» es propio del ser humano, pues aparentemente ningún otro ser viviente tiene ese aspecto agónico en su psicología.

Los animales y las plantas crecen, se desarrollan, se multiplican y mueren de la manera más natural, no tienen ninguna angustia.

Los animales no temen demasiado a la muerte e incluso, en apariencia y hasta donde se ha llegado a estudiar, no registran su vejez; para ellos la vejez no es sinónimo de caída hacia la muerte, la vida es siempre igual.

Vamos a establecer tres posiciones básicas que, a lo largo de todo su desarrollo, ha sostenido la Humanidad sobre estos aspectos de la vida y de la muerte.

La primera posición es la de la reencarnación. Todos los pueblos antiguos, clásicos, y todas las religiones en sus orígenes sostuvieron la teoría de la reencarnación. Incluso la religión cristiana, hasta el siglo V –durante el cual se produjeron cismas a causa de ello–, aceptaba esta teoría.

Dentro de la religión hebrea ha habido siempre dos corrientes muy fuertes: una interior, que desarrolla la Cábala, y una exterior, completamente exotérica, que llegaba

hasta a negar la inmortalidad del alma de la mujer que no había tenido un hijo varón. Esas corrientes se van a mezclar hasta que, pasado el tercer siglo, se va a decretar, dentro del cristianismo oficial, católico, apostólico y romano, la completa negación de la existencia de la reencarnación.

Pero todos los pueblos antiguos, sumerios, americanos, egipcios, hindúes, chinos o japoneses creyeron en la reencarnación con diversas variantes. Grandes personalidades enseñaron directamente la teoría de la reencarnación: Pitágoras, Platón, Aristóteles, Confucio, Lao Tsé, Buda y muchos otros.

Entre los modernos, encontramos a Nietzsche, Schopenhauer y otros filósofos que también reafirmaron esta vieja teoría. Es obvio que las sociedades primitivas –o, por lo menos, las que nosotros consideramos primitivas o primeras– creyeron en la teoría de la transmigración de las almas, es decir, que estas volvían a nacer. De ahí surgieron todas aquellas complejas teorías que hoy, en Occidente, simplificamos un poco: entre los hindúes, la teoría del Karma o de la acción y la reacción; la teoría del Dharma, ley que nos rige a todos, y la teoría del Sadhana o camino que tendríamos que recorrer inexorablemente.

Para los antiguos, el hombre era un ser inmortal, un dios encarnado, emparentado de alguna manera con los dioses. Os puedo dar ejemplos simples al alcance de la mano, como las obras de Homero: *La Iliada* y *La Odisea*. En el combate básico, en el tema de la guerra de Troya, de la toma de la ciudad de Ilión, no solamente existe el combate humano, sino también de los dioses mezclados con los hombres. Recordad que Julio César se decía descendiente de Venus-Afrodita. Ellos creían que, de alguna manera, los dioses se ponían en contacto con los hombres materializándose. Y Alejandro afirmaba ser hijo de Amón, un dios egipcio, y no de Filipo, tesis que a veces hace meditar a los historiadores, al ver que murió cerca de los treinta y tres años habiendo conquistado medio mundo, y que cuando tenía doce o trece años ya conducía un ejército y ganaba batallas.

Es obvio que han existido hombres extraordinarios que motivaron un reverdecimiento de las viejas teorías sobre la reencarnación. En varios libros sagrados, desde el *Bhagavad Gita* hasta los libros antiguos de los griegos, aparecen hombres sometidos a pruebas, tales como tensar determinados arcos o encontrar cosas escondidas, para constatar si son la reencarnación de otros antiguos.

La segunda teoría podríamos llamarla «teoría religiosa». Digo religiosa en cuanto a religión externa, exotérica, tal y como la encontramos hoy nosotros en Occidente: la cristiana, la musulmana, la hebrea, etc. Estas religiones, en la actualidad, niegan la reencarnación; afirman que el alma es inmortal y nace con el cuerpo; una vez que deja el cuerpo, sigue y se proyecta hacia Dios o se dirige al Paraíso de Adán, o al de las huríes que la esperan, o se encamina a algún otro lugar, pero ha sido creada con el cuerpo. Afirman que habría una creación infinita de almas y todas ellas, según algunas posturas, se volverían a encontrar, incluso corpóreas, en el Juicio Final.

LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Las actuales doctrinas cristianas sostienen que el alma, apenas muere el individuo, no va al Paraíso, al Infierno o al Purgatorio, sino que estaría en una especie de espera hasta el día del Juicio Final. En dicho día existiría la posibilidad de acceder a una de esas dos partes definitivas; una parte es transitoria, el Purgatorio. Las dos partes definitivas, el Cielo y el Infierno, son valores absolutos de eterna felicidad y eterna desdicha. Pero también se las imagina corpóreas.

Os daréis cuenta de que esto presenta una serie de dificultades, incluso en cuanto al número de personas, pues podría ser un reencuentro francamente horrible, porque si llegamos a sumar los millones de personas que ha habido en el mundo hasta ahora y los que puede haber hasta el día del fin del mundo, tendríamos que estar pegados nariz con nariz, nuca con nuca, y no podríamos ni movernos.

Es obvio que esta posición exotérica debe tener un simbolismo más profundo, porque si lo tomamos al pie de la letra es francamente ridículo.

La última postura, muy en boga en los últimos cien años aproximadamente, es la materialista, que tiene varias versiones. No todos piensan exactamente igual, pero, más o menos, coinciden en afirmar que si existe un alma –o si es que hay algo a lo que podemos llamar alma– nacería con el cuerpo mismo, es decir, que cuando es engendrado el feto, empezarían a desarrollarse una serie de campos magnéticos o electrónicos que, en su muy compleja versión, darían para nosotros esa ilusión de yo, de ego, de alma, y este alma perduraría hasta la muerte del cuerpo.

También hay teorías dentro del materialismo que sostienen que esa especie de emisión o segregación cerebral o del sistema nervioso no termina con el cuerpo, sino que va un poco más allá.

Esto no es original; Platón nos habla de la posibilidad que le presentan los sofistas de que el alma dure, después de la muerte del cuerpo, solo un tiempo limitado. Y ponen el ejemplo de aquel que toca el arpa o la cítara, hasta que llega un día en que se muere y el arpa continúa existiendo unos años más, y después también desaparece.

Aquí tenéis estas tres teorías que encierran las concepciones básicas de la Humanidad sobre la muerte, la vida y la posibilidad de reencarnar.

Así como la Primera Guerra Mundial, originada por aquella bomba y por aquel telegrama de papel mojado, no solucionó absolutamente nada, la Segunda Guerra Mundial tampoco lo hizo. Mas de su seno nacieron movimientos como el Existencialismo sartriano en París y el levantamiento del 68 en la Sorbona. La gente se encontraba defraudada; la guerra no había solucionado nada en realidad y, entonces, mucha gente joven toma una mochila y, como puede, se va a recorrer el mundo, «a ver qué pasa», buscando desintoxicarse, hacer, de alguna forma, lo que hacen todos los seres vivos cuando tienen alguna angustia fisiológica o algún temor: empezar a caminar.

Los pueblos nómadas lo son no solamente por gusto, sino porque viven en la angustia de no tener una tierra fértil donde vivir o una casa, y esa angustia los lleva a

caminar. Es la angustia la que lleva al cruzado hacia Jerusalén. De todos los cruzados ninguno sabía exactamente dónde estaba Jerusalén, y muchos, como por ejemplo los de la Cruzada de los Niños, pensaron que estaba muy cerca, en el sur de Italia. ¿Por qué, entonces, la gente marcha? ¿Por qué ocurre la Cruzada de los Niños? Niños de diez, de doce años que salen a buscar Jerusalén. Al margen de las evidentes manipulaciones sociopolíticas, Jerusalén para ellos no es tan solo una ciudad, ni un reino que hay que conquistar. Es la necesidad de marchar, de evadirse, de viajar que tiene el hombre.

Si alguna vez vais a París y visitáis el Museo del Louvre, recordad la Victoria de Samotracia, ese barco de piedra con la mujer con las alas extendidas; recordadla de una manera filosófica, no como turistas. Vais a ver que, junto a esa escultura, parece que uno oyese los gritos de los guerreros que parten hacia un mar sin orillas, hacia la aventura, hacia algo.

El hombre tiene dentro de su ser la necesidad inexorable de la aventura, sobre todo cuando es joven; a veces, la primera aventura es dar una vuelta a la manzana o ir a la playa, pero necesita siempre una pequeña aventura y sentir un poco de peligro. A veces, se pisa más el acelerador en el coche no porque haya una necesidad de llegar más pronto, sino de sentir un poco de peligro. Ese es un fenómeno que vamos a encontrar muchas veces.

Las personas salen a recorrer el mundo –desgraciadamente, mezcladas muchas veces con seres completamente destruidos– y van hacia Oriente y se encuentran con la teoría de la reencarnación, en la cual creen millones de personas en la India, en muchas partes de Asia e, incluso, en China. En verdad, hay más gente que cree en la reencarnación que gente que no cree en ella. Lo que pasa es que, con nuestro *chauvinismo*, los occidentales pensamos que los reencarnacionistas son muy pocos, pero la verdad es que son muchos millones. De una manera u otra, toda esa gente trae a Occidente esta vieja, antiquísima y ancestral teoría, y Occidente se va impregnando de ella, del “volvemos a vivir”.

Sin embargo, en Occidente, ya desde el siglo pasado, aparecen varios movimientos y sociedades que tratan el tema de la reencarnación.

Hasta ahora el fenómeno se daba como una aceptación individual, por fe, y no había problema científico que resolver. El hecho de que los antiguos teósofos, o los rosacruces, o los espiritistas, afirmaran la teoría de la reencarnación o la vuelta de las almas al nacimiento, era algo que no tenía suficiente garra científica desde el punto de vista práctico. Podía tener una base lógica, como argumento, pero no se consideraba elemento de laboratorio.

Es como lo que sucede con los platillos volantes y los seres extraterrestres. Hay una gran cantidad de gente que asegura que ha visto ovnis. Pero, ¿en qué museo, en qué lugar físico hay un ovni? Como investigador –soy historiador además de ser un filósofo– creo en la existencia de las piedras traídas de la Luna porque las he visto en varias partes del mundo, especialmente en California. Puedo decir que las piedras lunares existen, que el vuelo se hizo y las piedras se trajeron; tengo una prueba física. Y

LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

si alguien me pregunta dónde están las piedras lunares, yo lo dirigiría al Museo del Instituto de Ciencias de San Francisco, EE.UU.

Lo mismo pasaba con la reencarnación. La gente creía o no creía, como cree o no cree en los ovnis, pero no existe la prueba. Yo creo en los vasos mochicas porque voy al Museo «Larco Herrera» en Perú y veo treinta o cuarenta mil vasos mochicas. Puedo tocar uno y tenerlo en la mano. Pero si de estos tuviera solo la versión de alguien que los vio, sería diferente. Y si al preguntar dónde están, me contestase con subjetividades, ahí ya interviene la fe, el desarrollo espiritual, la capacidad de captación de las leyes de la Naturaleza que pueda uno tener.

Si uno ve que todas las cosas son cíclicas, que después del día viene la noche, que la primavera, el verano, el otoño y el invierno se suceden, puede llegar a la conclusión filosófica de que la vida también es de naturaleza cíclica, que después de la vida viene la muerte, y después de esta, nuevamente la vida, y así infinidad de veces. Esto, que para mí es una realidad, para otra persona es pura subjetividad. Así, lo que es una realidad para el religioso, para el que no participa de su religión, de su fe, es una subjetividad. Y es imposible tratar de transformar una cosa en otra.

Los experimentos recientes de los psiquiatras complican un poco este asunto, trayendo elementos cuya investigación está a la altura y al alcance de todos. Sabéis que la psiquiatría es la aplicación de la psicología en el arte de curar. La psicología, como ciencia, es nueva en Occidente, tiene unos ciento cincuenta años; y la psiquiatría, como aplicación médica de los conocimientos psicológicos, fue desarrollada fundamentalmente en este siglo, de una manera científica y al alcance de todo el mundo. Obviamente, como toda ciencia nueva, es como un niño: cree que lo puede solucionar todo.

El hombre es eminentemente pendular; es pendular en política, en sus costumbres, en todo. Así como antes se negaba categóricamente la existencia de la hipnosis –sabéis que en las universidades médicas de hace cien años se negaba, salvo en la Salpêtrière y en algún otro lugar–, ahora se afirma de manera absoluta la posibilidad de la hipnosis, y ya de una manera irracional: «Todo es psíquico». Antes, todos los males que teníamos eran fisiológicos. Era inútil que uno dijese que tenía una angustia psicológica. Pero el médico actual todo lo encuentra psíquico, el famoso test de las asociaciones de palabras, o el del árbol, y las interpretaciones freudianas, que no son precisamente angelicales; no hay escapatoria, porque sueña uno con lo que sueña, o hable de lo que hable, siempre se está refiriendo a lo mismo.

Freud tuvo varios discípulos; el más famoso es Jung. Con él empieza la psiquiatría simbólica y surgen nuevos conceptos del hombre y de la mujer. Aparecen nuevos elementos.

Entonces, los psiquiatras serios, que investigan realmente, se ven obligados a indagar más profundamente aún las características del ser humano. Esto ha creado una necesidad en los psiquiatras de investigar a fondo la naturaleza humana, y han encontrado que existen traumas –*trauma* viene del griego y significa *herida* o *golpe*– que son absolutamente inexplicables. Se han buscado en la vida del paciente todas las

relaciones que pudo haber tenido y no se encuentra ningún resultado. ¿Por qué? Porque todos los psiquiatras parten de la aristotélica idea de la *tábula rasa*, o sea, que el hombre nace «en blanco», sin ninguna característica o con características heredadas pero de tipo general. Pero eso no puede hacer que una persona le tenga miedo a los árboles, por ejemplo, y que cuando vea uno se horrorice, se revuelque por el suelo y empiece a echar espuma por la boca.

Obviamente, la teoría de los genes heredados no satisface como explicación.

A algunos se les ocurre entonces no seguir la línea de pensamiento, sino la línea emotiva, lo que ya Jung llamaría en sus primeras obras el «hilo rojo». Siguen el hilo rojo de la emoción y se van a encontrar ante un tipo de fenómeno muy curioso: una persona puede recordar una serie de circunstancias de su vida hasta que llega a la etapa prenatal. Parece ser que ya en esta etapa, de alguna manera, el feto percibe y siente el ambiente que lo rodea. Las nuevas investigaciones confirman este punto, cosa que ya afirmaban las viejas tradiciones de nuestros abuelos, que pretendían que a la mujer, cuando está embarazada, había que tenerla en lugares especiales, no hablar determinadas cosas ante ella y no mostrarle cosas feas o desagradables porque podían quedar grabadas en el niño.

Todo eso, que había caído en el descrédito y había parecido una cosa ridícula, hoy vuelve a tomar fuerza al constatarse que, de alguna forma, aun en el feto existe memoria.

Para poder llegar a este punto, los psiquiatras han empleado la hipnosis, pero no a la manera oriental, sino la hipnosis sugestiva, a la manera occidental.

En Oriente, desde hace miles de años, se ha desarrollado la técnica de emitir voluntad. Yo puedo mover mi brazo, pero no puedo mover el brazo de otro. Puedo mover mi brazo porque logro que mi voluntad se refleje, de alguna manera, en mi sistema nervioso, que hace que mi brazo se mueva. En cambio, no puedo transferir mi voluntad a otro para hacer que él levante nada; él lo hará cuando su propia voluntad se lo indique.

La hipnosis oriental, basada en la concentración en ciertas figuras geométricas, hace que una voluntad reemplace a otra; la voluntad del hipnotizador reemplaza a la voluntad del hipnotizado, de tal manera que este hace todo lo que el hipnotizador le mande.

Las teorías occidentales de que el hipnotizado no va a hacer nada que esté en contra de su conciencia son falsas, porque en el sistema de hipnosis oriental, el hipnotizado hace cualquier cosa que le mande el hipnotizador, esté a favor o en contra de lo que él puede considerar moral. De igual forma, mi mano va a hacer todo lo que yo le mande hacer, incluso meterse en el fuego, esté en contra o a favor de su instinto de conservación o del dolor que le pueda producir, porque el hipnotizador puede vencer la voluntad biológica de mi mano. En Oriente el hipnotizador sabe vencer la voluntad del hipnotizado.

LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

En Occidente el sistema es diferente; se basa en una serie de sugerencias y en una asociación entre hipnotizado e hipnotizador, algo así como un consorcio, una amistad –diríamos–, en que el hipnotizado está de acuerdo con el hipnotizador. Va entrando en etapas cada vez más profundas de su sueño, se va liberando de la parte consciente y actual, para ir profundizando dentro de sí mismo. Es entonces cuando los psiquiatras empiezan a buscar en la etapa fetal las causas por las cuales hay tantas personas con traumas inexplicables, mediante el sistema típico utilizado hasta ahora del buceo en el análisis.

Pero ocurre algo asombroso: cuando intentan cortar la experiencia, algunas personas afirman algo así como: «¡Qué bien me siento! Estoy muy bien, en un sitio diferente, no tengo cuerpo».

Ante su estupor, empiezan a oír, medir y grabar todo esto, y encuentran una serie de descripciones donde coinciden docenas y docenas de hipnotizados que no se conocen entre sí y que tienen diferentes conceptos religiosos; algunos son materialistas o ateos, o cristianos, o musulmanes. Esta gente, todos, coinciden en esa gran paz, en ese estado idílico antes de nacer.

Continuando el experimento, encuentran de nuevo ondas de vida, incluso registradas en los aparatos de control de electroencefalograma. Ven desesperación, gritos, muerte. Se encuentran ante algo verdaderamente asombroso para ellos: descubren que pueden bucear en varias encarnaciones.

Obviamente, investigadores con disciplina y método quieren saber si es cierto lo que dicen estas gentes de otras encarnaciones, así que les piden una serie de datos; las personas hablan fragmentariamente, como si se tratara de diapositivas.

Debemos tener en cuenta que nuestra conciencia actual también es fragmentaria: si recordáis vuestro pasado, solamente lo haréis de hechos que os hayan causado impacto. De vuestra vida no tenéis una visión continua, sino fotografías; es como un álbum fotográfico donde va a aparecer lo agradable y lo desagradable, generalmente aquello que os ha creado un impacto emocional. De ahí que la gente que ha llevado una vida aventurera, una vida muy activa, tenga la sensación de que ha vivido mucho y es muy vieja; y que la gente que ha vivido una vida tranquila, burguesa, alejada de todo esto, tenga la sensación de que muere joven, porque no siente que haya estado en tensión.

Un soldado que haya estado un año en el frente se siente más viejo que un hombre que le duplica o triplica la edad, pero que ha estado en una oficina durante toda su vida. La línea de la emoción es fundamental en esto. Estas diapositivas, estas visiones de vidas anteriores, o de lo que fuesen, no difieren mucho de las que nosotros tenemos de nuestra vida actual.

Algunos de los entrevistados, incluso criaturas de doce, catorce años, dicen haber vivido en otros países; nativos de California dicen haber vivido en pueblos de Irlanda; dan nombres de familias del año 1500 ó 1600; dan el nombre del cura o del

LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE
JORGE ÁNGEL LIVRAGA

obispo, el de un señor que tenía una fábrica de sogas trenzadas, etc. Se investiga todo eso y concuerda. Incluso hay sujetos analizados que, en estado de hipnosis profunda, cuando revivieron sus anteriores encarnaciones, hablaron en el idioma antiguo, no en el actual. Tanto es así que, en un caso analizado por un doctor, se encontró una mujer que hablaba arameo. Se buscó un especialista en lenguas antiguas que, si bien no dominaba el arameo porque no ha quedado registro a la manera del griego o del latín, encontró que todo lo que él sabía de arameo coincidía con lo que decía la mujer y la entendía.

Se han encontrado pruebas científicas prácticamente irrefutables, y eso está causando una conmoción verdaderamente extraordinaria en el mundo de la psiquiatría en Europa, y en el terreno de la investigación del hombre, porque plantea algo que no actúa simplemente al nivel de la fe, de la creencia, sino al de la ciencia y la investigación concreta.

Nos encontramos ante estas investigaciones psiquiátricas con un factor que ya conocíamos, pero de una manera teórica. Pitágoras, por ejemplo, dijo que el número de almas es fijo, (el número de almas de la Humanidad dentro de un período de tiempo determinado, pero lo suficientemente largo como para que no nos interese otro).

Tracemos una línea imaginaria, como una especie de horizonte que separe lo que consideramos vida de lo que consideramos muerte. Cuando aquí cae el Sol, en otros países surge.

Hemos visto, a través de estas investigaciones psiquiátricas, que la gente, en estado de hipnosis, no se reconoce viva ni muerta, se reconoce siempre viva, no se considera muerta, se encuentran siempre vivos de una manera u otra. Imaginemos dicha línea entre la vida y la muerte. El hombre tiene una vida, vamos a suponer, de 70 años, y luego tiene un largo período que los hindúes llaman devakánico, un período celeste. Este hombre, cuando nace, renace lavado –como dirían los griegos– por las aguas del Leteo. Le ha quedado su ser interior, pero ya no guarda memoria de haber sido un hombre que murió a los 70 años, que tuvo mujer, nietos, problemas, que combatió en la guerra, etc. Viene lavado, como en cierta forma venimos de las vacaciones, después de un largo viaje, habiendo olvidado un poco ciertos problemas.

Así también el hombre, al volver a la vida, lo haría lavado de todos esos problemas y, de alguna manera, impregnado de un mundo espiritual. Pero el crecimiento demográfico ha hecho aumentar enormemente la cantidad de almas que tienen cuerpo en la Tierra.

Entonces el período de vida celeste, comprobado también a través de las investigaciones hipnóticas, se reduce. Entre una encarnación, por ejemplo, en Grecia o Roma y la siguiente pasan más de mil años. Sin embargo, después del siglo XV puede haber otra en el siglo XVIII, y otra ahora... Sería entonces propio suponer que la próxima encarnación estaría a veinte o treinta años de la muerte, y cada vez se acercarían más la cuna y el ataúd, de modo que las personas que mueren carecerían de vida celeste y, por tanto, de la posibilidad de “lavarse”.

LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

JORGE ÁNGEL LIVRAGA

Estamos viendo el fenómeno en la actualidad. Nuestros niños nacen diferentes. Todos los padres, de una manera u otra, nos conformamos diciendo: “Lo que pasa es que los niños ahora están más desarrollados que antes, más despiertos”. ¡No! Es que nacen adultos, y por eso tienen en sí conocimientos sexuales prematuros, a veces anteriores a su propio desarrollo fisiológico sexual; tienen conocimientos políticos, sociales, resentimientos incluso; y amores y racismos.

Es extraordinario ver cómo ese tipo de niño es el que está apareciendo cada vez más. Sabéis perfectamente que en la actualidad, los choques políticos más terribles, con base en las ideas de la Segunda Guerra Mundial, los están teniendo niños entre doce y dieciséis años. Ellos son los que se están matando otra vez, los que vuelven, los que se enfrentan; los demás los miramos desconcertados. ¿De dónde les viene eso? ¿De dónde les viene el odio, el rencor hacia los que no piensan como ellos?

Es obvio que estamos viviendo un fenómeno terrible, el del crecimiento demográfico descontrolado, que puede hacer tambalear toda nuestra cultura. Desgraciadamente, las autoridades eclesiásticas se oponen a ciertos controles necesarios de la natalidad con el argumento de que podrían coartar la libertad individual. Sin embargo, desde mi punto de vista, la libertad individual, si es verdadera, no se coarta por eso. El hombre que tiene libertad tiene conciencia y tiene responsabilidad; en cambio, el hombre que no tiene libertad es, precisamente, el que no tiene conciencia ni responsabilidad. Vemos que los casos de explosión demográfica se dan generalmente en las familias más incultas, en aquellas que no planean nada, que tienen niños porque no pueden hacer otra cosa; en cambio, en las familias más cultas, donde hay cierta planificación, cierta conciencia, donde se cuenta cuánto se gana, cuánto se gasta y cuántos hijos se pueden mantener, hay, en cambio, un mayor control de la natalidad.

El crecimiento demográfico es un grave problema que se puede también estudiar a la luz de estas nuevas teorías sobre la reencarnación.

Hay una afirmación ancestral dentro de nuestros corazones. Aquellos que alguna vez hemos tenido una experiencia mística, aquellos que hemos tenido la suerte de un verdadero ideal, de bucear en las viejas civilizaciones y rescatar no solamente los viejos conocimientos, sino el viejo sentido del ser, y nos atrevemos a soñar con un hombre nuevo y mejor, encontramos en estas investigaciones un reconfortante hálito de realidad.

Amigos, la muerte no existe.